

LO MEJOR ES EL AGUA

Segovia. 10/7/00

Vamos a atacar un rato esta cuestión o problema en torno al agua y las cosas que están con ella o relacionadas o contrapuestas.

Cuando Ángel Guerrero me hizo la invitación a venir con vosotros un poco a inaugurar estas conversaciones, lo primero que se me ocurrió fue eso que he tomado como título y que es el comienzo de la Olímpica Primera de Píndaro. Cuando se abre un libro de Píndaro, uno de los que los bizantinos nos han conservado, lo primero que aparece es la Olímpica Primera y su comienzo, que es ése *áriston mèn húdōr*...Tenéis que imaginaros al coro entrando a su paso y con este ritmo que os repito, anunciando para comienzo de este epinicio eso:

áriston mèn húdōr, ho dè chrūsós aithómenon pûr
, . . . , . . .

o cualquier forma de música para nosotros desconocida que pudiera acompañar todo eso:

áriston mèn húdōr
, . . .

es el comienzo, después sigue todavía un trozo que usaremos luego; por lo pronto, la proclamación inicial es ésta "Lo mejor es el agua". "Lo mejor el agua" es algo que a Píndaro podía haberle venido, entre otras cosas, aparte de su propio sentimiento y experiencia personal, de proclamaciones que pensadores prefilosóficos anteriores al desarrollo de la filosofía o ciencia, habían hecho. Sobre todo nos llega una a nombre de Tales de Mileto, donde, en el intento de hacer ver que, en contra de las apariencias de la realidad, todas las cosas por debajo son una misma, había elegido también el agua como esa especie de fondo que está por debajo de las cosas distintas, definidas, de la Realidad.

Sea como sea, en cuanto a la Olímpica de Píndaro, no debéis olvidar (no conviene hacerse ilusiones ni mantener ideas equivocadas) que estos epinicios, estos cantos de victoria para los Juegos Olímpicos u otros, eran una poesía para señores y para caballos, esencialmente; sí, para señores y caballos, en el sentido de que son generalmente celebraciones de la victoria de los caballos, no montados a pelo, sino tirando de diferentes tipos de carro, en algunos de los juegos como estos de Olimpia, que luego al cabo de los siglos la Cultura en su progreso ha tratado de desarrollar como las Nuevas Olimpíadas. De manera que es dentro de ese tono y servicio de la poesía como se hace esa proclamación sorprendentemente.

Si nos ponemos a preguntar por qué o cómo es que el agua es lo mejor que hay, evidentemente la primera comparación que se nos ofrece es con los otros elementos, que poco después, ya en tiempos de Píndaro mismo, se estaban desarrollando y que quedarían fijados sobre todo bajo el nombre de Empedoclés: el aire, la tierra, el fuego –para poner este modelo de los cuatro, que seguramente es el que os resulta más conocido porque ha tenido larga pervivencia.

Por mi parte, intenté una vez entender mejor, más a fondo, la proclamación de que el agua es lo mejor que hay, pensando que Tales, por usar su nombre, con el que las Historias de la Filosofía dan comienzo a la referencia de este pensamiento todavía libre, todavía no filosófico ni científico, sin duda lo que quería hacer notar sobre todo era esto: que por debajo de la diversidad de las cosas, de las realidades que constituyen la Realidad, había algo que evidentemente, por estar por debajo, no podía pertenecer a esas cosas de la Realidad. El agua se prestaba para la elección de su nombre "*húdōr-húdatos*", no sólo por sus utilidades, por el agradecimiento a sus infinitas utilidades, sino por **su propia indefinición como cosa**, que, entre otros datos, se revela en el hecho de que en cualquiera de las lenguas lo mismo se la llama en singular que en plural, se habla de agua o de aguas, las aguas de un río, del mar, por lo menos hasta que una cultura técnica viene a hablar de las aguas queriendo decir 'clases de aguas', como será el caso de muchas de las cuestiones que tengáis aquí que debatir como ingenieros. Pero, por lo pronto, 'agua' y 'aguas' es lo mismo; y pensaba yo que era esta indefinición, esta indeterminación como cosa, lo que había movido sobre todo a la elección. Podían elegirse alguno de los otros elementos, es posible; pero evidentemente no da igual.

'Tierra' es una cosa tan múltiple, tan variada, tan rica de cosas diversas, tan inextricablemente mezcladas entre sí, que evidentemente por eso mismo no se prestaba mucho a ello. En cuanto al aire mismo, tampoco se sabe qué es lo que lo hace, dónde empieza y dónde termina: para nosotros mismos, si queremos reducir a formulación química el aire, tendríamos que elegir, en todo caso, alguna porción muy determinada de aire. Una noción por cierto, ésta de 'aire', que era bastante reciente: el nombre mismo tuvieron que tomarlo los romanos, 'aēr', del griego, y así después ha venido haciéndose más o menos corriente y usable en los lenguajes hablados. En cuanto al **fuego, sobre todo, éste es el elemento que nos va a interesar más como contraposición. Bueno, respecto a ése ni siquiera tenemos la posibilidad de idearlo por reducción a formulación química, ni siquiera tampoco propiamente a una formulación física; tendríamos que decir que 'fuego' es lo mismo que 'luz' y lo mismo que 'electricidad', y en definitiva venir a encontrar que ese cuarto elemento era algo así como la representación de lo que podíamos decir la marcha de las cosas, la onda que se contrapone en la física moderna al corpúsculo**, y de una manera todavía más abstracta y esacta, es más bien, la sintaxis, lo que establece las uniones entre los elementos y da lugar por ello mismo al surgimiento de los entes físicos (y de los químicos), que es eso propiamente a lo que el fuego querría aludir.

Parece que ninguna de estas cosas es la mejor, que la mejor es el agua; y eso es lo que estamos tratando de ver un poco. Desde luego, la contraposición es neta especialmente con el último elemento de que he hablado, 'fuego' identificado con 'luz', con 'electricidad' o cualquier forma de manifestación real del tipo de la onda o de lo que he llamado sintaxis entre las cosas, frente a lo corporal que, dentro de su indefinición, todavía sigue siendo el agua. La contraposición es muy fuerte: no se pueden propiamente mezclar el agua con el fuego. Esto es una cosa que recuerdo ahora que el rabí don Sem Tob (a quien estoy ahora volviendo a dotar de una edición crítica) se le ocurría en un momento en que estaba hablando del orgullo, y contrapone el orgullo con la inteligencia (estoy empleando términos más modernos en castellano que los que él emplea), contrapone el orgullo con la inteligencia, dice que son incompatibles, que nunca puede estar el uno donde está el otro y entonces añade que los que intentaron ponerlos de acuerdo, juntar inteligencia con orgullo, hicieron un trabajo vano, inútil y "si esta paz ficieran, ligero fuera luego de creer que volvieran el agua con el fuego". Creo que se entiende bastante

bien en su viejo castellano. La imposibilidad es la de volver o mezclar el agua con el fuego. Esta imposibilidad tal vez se nos aparece un poco difícil de sostener, porque todo el mundo está acostumbrado a ver que en cierto sentido se mezclan, porque por lo menos sucede que el agua se calienta; tal vez la mezcla sólo se puede hacer en este sentido: es como si el agua de alguna manera se sometiera, cediera al imperio del fuego, cuando se produce eso de agua caliente. Lo recíproco, un fuego húmedo, de por sí nos resulta bastante extraño; desde luego, podemos pensar en una atmósfera al mismo tiempo cargada de humedad y calurosa, pero seguramente ahí no sucede lo recíproco, sino lo mismo: ahí no tenemos más que formas de agua en la atmósfera que de alguna manera se han calentado también.

Os estoy sugiriendo que la incompatibilidad que don Sem Tob usaba de esa manera moral se puede entender de una manera mucho más general, que es lo que en el desarrollo de las teorías físicas acaba por traducirse como una especie de incompatibilidad entre la imaginación de las cosas, del fundamento de las cosas, como ‘onda’ o ‘flujo’ o ‘vibración’ y su manifestación como ‘partícula’ o como ‘corpúsculo’. Una incompatibilidad clara, tal vez más clara todavía después de las teorías de la relatividad, pero que al mismo tiempo que incompatibilidad implica aunamiento, hasta el punto de que en la teoría más desarrollada, como todos sabéis, se puede llegar a pensar que ello es, al mismo tiempo, ‘partícula’ y, al mismo tiempo, ‘onda’, pero ‘no al mismo tiempo para el observador’, con la implicación aquí de la observación en el objeto, de que todos tenéis alguna noticia y en la que no nos toca ahora detenernos mucho más.

Vuelvo ahora a la Olímpica de Píndaro de la cuál no os había canturreado más que el comienzo. Es la continuación de ese comienzo lo que aquí centralmente nos interesa: "*áriston mèn húdōr; ho dè chrūsós, aithómenon pūr háte, diaprépei nuktí megánoros éxocha ploútou*" : “es el agua lo más bueno; pero el oro sobresplandece en la noche por encima de toda la riqueza”, introduciendo ahí la comparación "*aithómenon pūr háte*", es decir, “tal como el fuego ardiente o el fuego llameante”. Literalmente por tanto, “pero el oro, tal como fuego llameante, sobresplandece en la noche por encima de la riqueza que engrandece al hombre”, “*megánoros éxocha ploútou*”, “por encima de la riqueza que hace grande al hombre”. Tal vez, saltando otra vez a don Sem Tob, él se avendría a traducir esto de la riqueza que hace grande al hombre por medio de un verbo que él emplea que es *apersonar*: es la que lo apersona, la que le da esta grandeza de ser una persona.

Sea como sea, lo que nos importa es entender de qué es de lo que habla esta continuación del epinicio de Píndaro. “Por otra parte, (pero en cambio), el oro, tal y como sucede con el fuego llameante, resplandece en la noche por encima de toda la riqueza que hace grande al hombre”.

Todos tenéis más o menos la noción histórica de que en estos tiempos de Píndaro, en los comienzos del siglo quinto, el dinero, tal como normalmente lo entiende la economía actual, no estaba inventado. Pero yo pienso que esto es una visión inesacta: algo que con precisión podemos llamar dinero y que ahora trataré de aclarar en su función todo lo más posible está ya bien inventado en tiempos de Píndaro, a los comienzos del siglo quinto. Lo que pasa es que no hay efectivamente un nombre: las lenguas generalmente se han arreglado para desarrollar nombres que designaran este ente abstracto, poderoso sobre todos, que es el dinero, por medio de nombres que eran sobre todo de los metales preciosos, como ha sucedido con 'argentum', el nombre de la plata, en la Europa moderna, y entre los griegos, ‘*chrūsós*’. Probablemente ya en el

coro de Píndaro más que a 'oro' suena a 'dinero'. De forma que mientras 'chrūsós' sigue siendo el oro y teniendo este prestigio que le permite compararlo con el fuego, con el fuego llameante, al mismo tiempo ya suena a, connota, significa, 'dinero'; y en este segundo sentido lo que estaría diciendo es que el dinero se destaca por encima de toda la riqueza, 'plóutou', de tal forma que se estuviera introduciendo una oposición neta entre riqueza, digamos, y dinero, y diciéndose que el dinero esplende sobre toda la riqueza.

Esto se contrapone con lo de que el agua es lo mejor en general, pero, al mismo tiempo de contraponerse, naturalmente establece un paralelo, está como diciendo: **así como el agua es lo mejor entre todas las cosas determinadas y definidas que constituyen la realidad, así también el dinero está por encima de cualquier otra forma de riqueza.** Ésta es la segunda interpretación que os propongo respecto al pasaje, y que me sirve de pie para lo que considero central de estas reflexiones de hoy, **esta relación y contraposición entre agua y dinero** con respecto a las cosas de la Realidad y con respecto a la riqueza no dineraria por el otro lado. Ya hay que reconocer que, sin haber llegado a nuestro grado de desarrollo, antes de la Sociedad del Bienestar, de alguna manera el agua se ha convertido en, frecuentemente, dinero. Ya lo era así para nuestros campesinos de antaño, que vivían pendientes de este regalo del dios de lo alto, de lo que mandara él llover, según lo que Machado llama "la voltaria rueda del año", según las vueltas que la rueda del año diera, de tal forma que ahí estuviera pendiente de la lluvia la moneda, el salto de la moneda que va a entrar en el arca del campesino o que se va a quedar fuera y lo va a condenar a la pobreza. De manera que la cosa es vieja: el agua se convierte en dinero. Claro que el desarrollo es el desarrollo; y en la situación actual esta conversión del agua en dinero, también en el campo, toma otro color, otros caracteres mucho más exagerados, que nos permiten decir que hoy en día, cuando los campesinos ya no viven pendientes de "la voltaria rueda del año" porque para eso hay compañías de seguros, ya en este momento tiene uno la tentación de pensar que lo que se está sembrando y segando en los campos es directamente dinero, es decir, títulos de crédito, en lugar de trigo o de cebada. Pero en todo caso, aunque esta diferencia que el desarrollo impone sea tan grande, la relación y ocasional conversión del agua en dinero es cosa vieja.

Estamos entrando pues en la cuestión de la economía en relación con el agua, de forma que estoy seguro que los asistentes a este curso, por un lado, saben que se está hablando de cosas pretendidamente palpables como el agua, pero por el otro lado, saben que se está tratando inevitablemente de cosas impalpables como el dinero, como el dinero realidad de las realidades. Cuando estáis aquí tratando de la reutilización de las aguas efluentes y de los fangos después de sufrir un proceso de depuración, probablemente os seguís creyendo que estáis hablando del agua, pero a ninguno de vosotros se os oculta que estáis hablando de dinero, estáis hablando de economía, porque después de todo, de eso se trata, de encontrar procedimientos, artilugios lo más convenientes o económicos posible, sin preguntarnos indiscretamente: económicos o convenientes ¿para quién?, porque, si nos preguntamos eso, probablemente íbamos a entrar en unas reflexiones políticas más bien enconadas, en las cuales tal vez es un poco pronto para entrar. Pero, en todo caso, se trata de encontrar procedimientos para conseguir que, a propósito de las aguas, el sistema económico funcione de la mejor manera, sin preguntamos más "mejor ¿para quién?". En esto hay un error fundamental después de todo, que me hace reprocharles a los ecologistas que tengan pretensiones tales como las de defender la naturaleza. Conviene recordar a este propósito que, si el agua es de verdad algo, lo más bueno, y que si eso a lo que aluden con la palabra dieciochesca de "naturaleza" tiene algún sentido, es precisamente porque está por

debajo de toda esta realidad dominada esencialmente por el dinero, de tal forma que, si está ahí, si de verdad sigue viva, si de verdad sigue latiendo, no hace falta que nadie ni la defienda, ni la depure, ni la reutilice.

Después de todo, esas pretensiones vienen de la misma equivocación fundamental: se nos engaña haciéndonos pensar que tratamos de salvaguardar, de defender las cosas naturales en un momento en que ya el sistema ha incluido esas cosas naturales, el agua en primer lugar, que es lo mejor del mundo, dentro del sistema económico, dentro del funcionamiento del Dinero.

Eso es lo que quería haceros notar: por mucha buena voluntad que pongáis, por mucho amor por el agua que pongáis en vuestras discusiones técnicas, por mucha agudeza también con que atacéis el problema, no podéis evitar que, al tratar de la reutilización y depuración de efluentes o de fangos, de la economía del agua en los conglomerados urbanos, estéis dando por supuesto mucho más de lo que habría que dar por supuesto: estáis dando por supuesto que, por ejemplo, esto de la formación de conglomerados urbanos que han reemplazado a las viejas ciudades y a los pueblos al mismo tiempo, ha surgido así como una flor, es algo natural y, como es natural, es fatal, y entonces, puesto que lo tenemos ahí, tenemos que ver las mejores maneras de habérsela con ello, pero lo primero, lo damos por supuesto; no se nos ocurre en el curso de una investigación científica o de una discusión técnica, no se nos ocurre poner en cuestión, poner sobre el tapete, la necesidad de que la población humana, por ejemplo, tenga que vivir en bloques de nichos de viviendas en conglomerados urbanos.

Es muy culpable, porque, entonces, estamos dando por supuesto que efectivamente eso depende de unas condiciones naturales a que la naturaleza humana tiende, que le han hecho venir a parar a una situación como ésta, y todo eso es mentira: todo el mundo sabe, cuando lo piensa un momento, que al único al que le hace falta que las poblaciones hayan venido a vivir en conglomerados urbanos es al Dinero; a ése sí, al movimiento del Capital le es indispensable esta forma de agrupación de las poblaciones humanas; a la gente no le hace falta, ni tenía una tendencia, ni era nada fatal que sucediera así.

Esto es lo que quería poner delante como cuestión política elemental respecto a esto. Es como lo que se hace con los niños, lo que Isabel Escudero, aquí presente, más de una vez ha recordado con la asignatura de la Educación vial en las escuelas: la educación vial de los niños consiste en enseñarles a ver como aprenden a esquivarse y escurrirse en medio del torrente de los automóviles para que no les espachurren demasiado pronto. En eso consiste la Educación vial y naturalmente ahí se da la misma equivocación: es como si se viera al automóvil como algo que, o ha llovido del cielo como el agua, o ha surgido de la tierra o el agua, algo natural, y que, una vez que lo tenemos, entonces pues hay que proteger a los niños, hay que protegerlos, dadas las condiciones inevitables en las que han nacido, para que sufran lo menos posible o tarden lo más posible en quedar espachurrados. Es el mismo tipo de equivocación. No voy a insistir en ello.

Estamos pues tratando de una economía del agua, lo cual, sólo con decirlo así, **convierte el agua en dinero**; el Dinero es la realidad de las realidades, es a la que todas se reducen. Con respecto a eso voy a recordaros, volviendo otra vez a los antiguos, un fragmento de los que nos han quedado del libro perdido de Heraclito o Heráclito de Éfeso, de los que he tratado de ordenar en *Razón Común* hace unos años. Él nos va a hablar del fuego otra vez, el que he contrapuesto con el agua, y del dinero, llamándolo también como Píndaro “oro”, “*chrūsós*”, pero sin que se nos oculte que es ya dinero. Dice el fragmento que “contracambio de fuego”, “*purós antamoibeē*”,

“contracambio de fuego” (creo que la palabra 'contracambio' se entiende lo bastante bien) “*tà pánta*”, “son todas las cosas”: “*purós te antamoibeé tà pánta*”, “*kai pûr hapántōn*” “y el fuego de todas las cosas”. Es decir, que ha elegido, según mi interpretación en la *Razón Común*, ha elegido '*pûr*', 'fuego', como nombre de la razón (es un fuego intelectual diríamos), como nombre de la razón cuando la razón se pone a hacer y deshacer las cosas; como en cierto modo, desde la Biblia con el "Hágase la luz" hasta los desarrollos actuales de la física, se entiende que la luz es como la creación de las cosas. Cosa que se admite desde luego, mientras uno no se pregunta por la creación de la luz misma o del fuego. Con más o menos razón Heráclito habría elegido esta metáfora: aquello a lo que todas las cosas se reducen, todas las realidades se reducen, lo llama “fuego”; es la razón convirtiéndose en realidad, razón haciéndose realidad, como si dijéramos “la luz que ve”, no “la que se ve”, la luz que ve, convirtiéndose en una luz real, en una luz que se ve, y por tanto ya en una cosa. Ése es el trance, al mismo tiempo lógico y físico, al que la razón trata de perseguir a través del libro de Heráclito; y entonces en ese sentido, emplea ya este término bancario "*antamoibé*" “contracambio”, para enunciar esta relación entre las cosas diversas y el fuego: “*purós te antamoibeé tà pánta*”, “son contracambio de fuego todas las cosas”, “*kai pûr hapántōn*” “y fuego es contracambio de todas las cosas”; y luego viene la comparación: “*hókōsper chrūsōū chreémata kai chrēmátōn chrūsós*”, “tal como del oro, del dinero, lo son “*chrēmata*”, los asuntos y cosas”... Aquí emplea un término nuevo: a nosotros nos parece muy normal que haya un nombre que quiera decir 'cosa', pero la verdad es que esto es una cosa muy sofisticada y muy tardíamente desarrollada, y entre los nombres de que en griego se disponía, estos nombres que proceden del mundo de los negocios, del mundo de la economía, “*chrēmata*” es uno de los que se eligen y en este sentido se dice que “tal como del oro o dinero lo son las “*chrēmata*”, las cosas, los asuntos, “*kai chrēmátōn*...” y de las cosas el oro, el dinero”. De manera que está muy clara esta contraposición y salto de la Física a la Economía en la que os quería hacer parar mientes. La comparación es elocuente, está haciendo de por sí lo que tiene que hacer, no es una mera comparación o metáfora. En una visión física se dice: hay un principio por el que se pueden cambiar todas las cosas y viceversa, de la misma manera que en el mundo real inmediato, que es el de la economía, todos los bienes, riquezas, posesiones se pueden cambiar por dinero y dinero por cualquiera de ellas. Ésta es la visión económica en que os hacía parar mientes. **Se supone (los economistas tienen que creerlo, vosotros tal vez no tanto) que el proceso de contracambio es inocente, que no les hace nada a los que intervienen en él; se dice que “bueno, se cambian cosas por dinero, se cambia dinero por cosas, y no pasa nada; es un procedimiento cómodo de intercambio...”**, todas las tonterías que habéis oído desde pequeños. Es mentira: el proceso no es inocente: el proceso de contracambio es un proceso que actúa sobre los elementos que figuran en el contracambio, y hoy en la culminación del desarrollo, bajo la sociedad del Bienestar, en el Régimen que hoy padecemos, lo palpamos de la manera más inmediata, la falta de inocencia de ese contracambio, cómo ha venido a suceder de hecho, que a las cosas, aquellas otras riquezas sobre las que la oda de Píndaro decía que sobrepandece el oro, el dinero las cosas han venido a desaparecer prácticamente y se han convertido todas en formas de dinero, de tal forma que no ya en los conocidos procesos de inversión, de inversión de capital, sino en cualquier proceso, en la compra-venta en un supermercado, se da que lo único que se está intercambiando son unas formas de dinero por otras formas de dinero, y que las cosas que sirven para el trueque apenas están ahí como **un pretexto**, revestido generalmente de papeles de colores, pero solamente para disimular. **Lo que de verdad está sucediendo es que unas formas ya de dinero, cosas convertidas en dinero, se cambian por otras formas de dinero**, billetes de banca, firmas en cheque, tecla del número de la tarjeta

de la cuenta con la que uno paga, o cualquier otro de los procedimientos que conocéis, que conocéis bien. Ésa es la situación [que yo palpo] y que hoy estamos palpando y de la que os buscaba otros antecedentes.

Cuando os estoy hablando y previniendo contra el proceso aparentemente inevitable de que el agua, lo indefinido, lo palpable (las dos cosas: indefinido, palpable, lo más bueno por ello mismo), se convierta en algo definido, contable, como dinero, que todas las riquezas queden reducidas a mero dinero, parece que os estoy hablando sólo de una de las formas o caras del Señor que es la del Capital, pero no conviene que olvidemos tampoco que en el estado al que hemos llegado el Estado y el Capital son lo mismo. De manera que quien habla de sumisión del agua al Capital en cualquiera de los procedimientos de comercialización y utilización del agua, está hablando también de su sumisión a las unidades estatales. Cuando digo esto me vengo a acordar enseguida de los años, ya lejanos, en que a través de un amigo judío que me había encontrado en Salamanca, estuve teniendo tentaciones de ir a los kibbutzim de Israel, del estado todavía no mucho antes establecido, y en el que en aquel entonces (es decir, hace casi medio siglo, cuando yo recibía esas tentaciones) se tenían grandes esperanzas, ilusiones, de que fuera a ser una especie de cosa distinta. Se estaba produciendo en Israel el milagro del agua: la mayor parte de aquello que a los judíos dispersos se les había dado era desierto, [no había agua,] y en pocos años el ingenio y el poderío o voluntad de los judíos repatriados israelitas hizo el milagro: empezaron a convertirse los desiertos en vergeles, en terrenos de producción de naranjos y de verduras y de todas las cosas; ésta era la labor de los kibbutzim, de las granjas colectivas de los israelitas, que me tuvieron tentado durante un momento. Me comunicaron incluso algo que sonaba entre ellos como una especie de himno en hebreo (y por tanto también este hebreo resucitado fue uno de los grandes milagros, casi igual que el del agua: que, con la fundación de Israel restablecido, resucitaron la lengua muerta de tantos siglos. En hebreo pués, en hebreo antiguo y en el nuevo hebreo, el agua se llama generalmente con un plural, "mayim", lo mismo que en los tiempos de la Biblia el nombre mismo de Dios vacilaba entre tomar la forma "Yavhé" y tomar la forma de un plural, "Elohim", que parece que dice 'dioses'; pues así también "mayim"), algo como "beberemos agua con alegría en las fuentes de la salud". El estribillo era: {cantando} "*Mayim, mayim, mayim mayim behsason...*" Todavía me siguen sonando estas llamadas al agua, *mayim*, de los fundadores de Israel.

Bueno, no tengo que recordaros lo que en el medio siglo siguiente ha sucedido, hasta que punto Israel se ha convertido en un ejemplo de Estado, tal vez de los más netos, de los menos llenos de dudas, y por tanto, ilustrando lo que os proponía, que el agua no sólo se convierte al servicio del Capital, sino, inextricablemente ligado con ello, se convierte también al servicio del Estado. Por ejemplo, en este caso de Israel de una manera un poco exagerada, pero que evidentemente tenemos que generalizar a todo el Régimen del bienestar. Lo que es bueno para el Capital es bueno para el Estado; lo que es bueno para el Estado es bueno para el Capital. Esto es un axioma del que bajo nuestro Régimen no nos podemos desprender. Que eso que es bueno para el Estado y el Capital sea bueno para la gente, eso ya es otra cuestión. La gente por lo bajo sospechamos que por el contrario. Pero, entre ello, desde luego, la conveniencia económica de la reducción de las cosas a dinero, la reducción del agua misma, del agua de la vida a agua para sostenimiento de las formas que el Régimen necesita, como las formas de agricultura o de conglomerados urbanos, eso es una cosa que está así: es la realidad, una mera descripción de la realidad.

No puede ser bueno para la gente. No se puede disfrutar del agua de verdad; eso está prohibido, es decir, que, si os sucede alguna vez, es porque cometéis pecado. Cometéis pecado, porque disfrutar de verdad está prohibido. Recuerdo en los tiempos de La Codorniz un chiste de alguno de ellos que sacaba el señor y la señora con abrigos de pieles volviendo de una función de teatro, yendo a la cocina, llenándose un vasazo de agua y haciendo constar que aquello había sido lo mejor de la fiesta. Es el momento de llegar con la sed que la fiesta y el espectáculo habían desarrollado y lanzarse a un vaso de agua limpia: eso era un pecado ya.

Recuerdo que mi amigo Rafael Sánchez Ferlosio en tiempos me decía hablando de... probablemente estaba recordando un momento, allá en Coria, en donde se podía llegar sudoroso, agobiado por el calor, y meterse en una pila, disfrutando del agua al mismo tiempo con la piel y con la boca, tragando, y que decía él: "eso tiene que ser pecado". Eran tiempos muy lejanos. Eso tiene que ser pecado, no por ninguna razón, sino por lo bueno que era, por la propia bondad del agua: eso mismo, en su intención o en su sospecha, la volvía pecaminosa. Igual lo recuerdo yo entre las aguas turbias (ya entonces, lo que no impedía que nos bañáramos) del Duero al pasar por Zamora, el flujo de las ondas turbias del Duero entre las piernas, aquello era, al menos en mi recuerdo, como el placer mismo del agua.

Bueno os estoy relatando formas de pecado. El principio general es éste: al Régimen no le conviene el placer; al Régimen no le conviene porque justamente el Capital sólo vive de sustitutos, si no, no hay manera de mover dinero; el Capital sólo vive de sustitutos y el Capital y el Estado es el mismo y, por tanto, es normal que cualquier forma de placer esté prohibida. Sustitutos, por supuesto, tenéis a montones: en lugar del vasazo de agua limpia del grifo, pues tenéis una coca-cola o cualquier cosa de éstas, y ¿queréis disfrutar como yo disfrutaba de las ondas turbias del Duero entre mis piernas?: pues ahí lo tenéis, mucho más limpio, en piscinas azules o incluso también en las acotaciones de las playas a donde se os invita a ir. De todo eso podéis disfrutar, pero no hay nadie que disfrute de eso: es un sustituto. Con todas esas cosas se cumple, se cumple con la función de tragar el sustituto; pero disfrutar, salvo por infracción, salvo que de vez en cuando (porque el Régimen no está cerrado del todo) os suceda que a pesar de todo podéis disfrutar del agua por un momento, pero, vamos, eso, como digo, con el carácter de infracción. En general, el placer, el pasarlo bien, el agua libre y limpia, eso al Régimen no le conviene, y por esa razón económica fundamental: el Capital sólo se mueve por la comercialización de los sustitutos, de los sustitutos del placer; no tiene otro procedimiento esencial de moverse.

Voy a terminar recordando que hay algo en verdad más gratuito que el agua todavía, también por debajo de las cosas, también por debajo de la Realidad, pero por ello mismo gratuito: es la lengua, la lengua corriente, ésta en la que estoy tratando, en que me habría gustado haber conseguido dejarme hablar este rato, en lugar de hablar yo personalmente: la lengua corriente. De forma que os estoy poniendo como lo más gratuito, no algo aparentemente natural como el agua o el fuego o la luz, sino algo artificial como es la lengua, como es la lengua con su complicadísima gramática y con el resto de sus artilugios. Este artilugio, éste es de verdad gratuito, es la única cosa gratuita que se nos da de veras. Esto lo reconocéis enseguida en cuanto superáis, como os lo voy a hacer ver en un momento, el engaño en que vivís de confundir la lengua con las jergas que el Capital y el Estado imponen desde arriba a través principalmente de los órganos de la Cultura y de los órganos educativos. Esas jergas, que no consisten más que en una acumulación de vocabularios especiales que todos nos vemos obligados más o menos a

manejar, que vosotros estos días manejaréis inevitablemente, porque, si no se habla en jerga, no se puede ni hacer investigación, ni hacer ciencia y tampoco se pueden hacer muchas de las cosas peores que los órganos educativos hacen por todas partes. Estas jergas, estos cúmulos de vocabulario, no son la lengua. La lengua es ésa que nadie sabe personalmente, nadie, ningún individuo, ni los académicos, pero que les sale por la boca, les sale en cuanto se dejan hablar, y que no conoce los términos de las jergas, que no emplea más que términos corrientes, pero que emplea una sintaxis tan enormemente complicada que, al lado de ella, la de un ordenador se queda prácticamente en nada, en una imitación simplificadora. Y todo ese artificio que se ha ido formando en lo común de nosotros a lo largo de milenios, de muchos milenios, ése no se compra ni se vende. Las jergas sí, las jergas de la Cultura, por supuesto, se compran y se venden como todo, y hacerse culto, matricularse en la Universidad, sacar un título, todo el mundo sabe que son cosas directamente destinadas a la promoción económica de la persona; pero la lengua corriente, la lengua de verdad, ésa se le da a cualquiera, sin ninguna distinción de clase, ni de sexo, ni de edad, una vez que ha terminado al año y medio o los dos años la lucha entre la gramática común y la del idioma correspondiente que al niño le toca, sin ninguna distinción, de una manera enteramente gratuita. En ese sentido, es lo más gratuito y por tanto lo más contrario a la imposición del Dinero.

Después de todo, he estado este rato tratando de hablar, de dejarme hablar, contra la imposición de la Economía, la reducción de las cosas a Dinero, partiendo del recuerdo del agua como de un motor. Y esto es lo que quiero haceros notar también ahora, la relación entre esta lengua de verdad, esta que nadie sabe, que es la que funciona ella sola por lo bajo, si se la deja, si se le quitan de delante el miedo y las pedanterías propias de la persona Individual, una comparación entre ella y el agua; porque, más de una vez, especialmente cuando me estaba dedicando a la combinatoria que es el arte poética, a perseguir de alguna manera canciones u otras formas de poesía, endechas, teatro, venía a reconocer que eso que se llamaba “inspiración” (una palabra sumamente dudosa), las musas, no pueden ser otra cosa más que eso no personal, eso común donde vive la lengua corriente, la lengua que he contrapuesto a las jergas culturales y a la Cultura. La inspiración viene de ahí: una canción, una endecha, un drama, surge cuando, de alguna manera, a través del poeta, el supuesto creador, **se dejan fluir esas ondas que vienen de abajo**. Los antiguos eran muy conscientes de que las musas eran al mismo tiempo las diosas de las fuentes, de los manantiales. Ésta es la contraposición que quería haceros notar. Las musas eran, nacieron siendo eso: eran divinidades indefinidas, múltiples, sin nombre preciso de los manantiales de la tierra; los manaderos del agua eran los que estaban representados por estas figuras de las musas. Fijaos en el triste destino que hizo que, al empezar la Literatura en sentido más estricto, en la época helenística, estas musas se convirtieran en esta cosa pedantesca e intolerable que hoy llega a través de la literatura, que hace que sean nueve, que cada una tenga su nombre propio, que estén encargadas cada una de su función: Terpsícore de la danza, Polimnia de esto de lo otro, todas estas pedanterías típicas de la literatura y que empiezan para nosotros en la época alejandrina. A esto es a lo que habían venido a quedar reducidas las musas originarias, divinidades, diosecillas de las fuentes.

Esta agua que nos viene de abajo, esta agua de estos manantiales, es la que cumple las dos funciones contrapuestas: es ella la creadora de la economía y de la realidad, porque evidentemente los procesos económicos están montados de alguna manera por una especie de imitación de los procesos gramaticales subconscientes [que tenemos dentro]. No en vano se

habla de acuñación de términos, de un intercambio de ideas y cosas así. Y esta lengua, por tanto, de alguna manera crea la economía y crea la realidad, desde abajo. Por otra parte, las destruye, denuncia su mentira (es lo que esta lengua que no querría que fuera mía se ha dedicado a hacer este rato); por otro lado, descubre el carácter sustitutorio y por tanto falso de todos los bienes económicos que se nos vende. Es una lengua que actúa, en este segundo caso, como a contracorriente, por terminar utilizando también un término de las aguas, “hablar a contracorriente”. Hablar a contracorriente es algo que siempre se puede, por lo menos, siempre se puede intentar. Yo lo he estado intentando este rato con vosotros, tratando de dejarme hablar. Siempre se puede intentar. Lo que importa sobre todo es una cuestión táctica, política si queréis: lo que importa sobre todo en esto es que se sepa que si se puede intentar, si tiene algún sentido, hablar a contracorriente, es precisamente porque no se sabe. Ellos, los representantes del Poder, aquellos con los que tenéis también, como ingenieros y como estudiantes, que veros a cada paso, ellos tienen un futuro, ellos lo saben. De esta manera es como se desarrolla esta forma de la Realidad que es después de todo una forma de condena a muerte para la vida de la gente. Ellos tienen un futuro, fingen que se creen que están seguros de ese futuro; ¿cómo no lo van a fingir, si todos los cálculos de la Banca y de los presupuestos estatales están montados sobre esa creencia? Tienen que fingir creer estar seguros; pero los que intentamos hablar a contracorriente no lo hacemos porque estemos seguros de ninguna otra cosa sino lo hacemos justamente por lo contrario: lo hacemos justamente porque no se sabe, y este intento sigue teniendo, a pesar de todos los regímenes, sigue teniendo algún sentido simplemente por eso, porque no se sabe, porque no está demostrado de antemano que sea inútil, porque no está demostrado de antemano que el futuro que nos preparan sea necesario, fatal, natural; porque no está demostrado, porque no se sabe, y puede que a alguno le parezca que esto no es un móvil suficiente, pero es el que tenemos. Lo que hagamos contracorriente (porque hacer es hablar) se hará simplemente en virtud de que no se sabe, y –añado terminando– movidos por una inspiración, por el agua subterránea, movidos por la ispiración del agua que para nosotros funciona como un recuerdo, no personal, sino recuerdo de antes de y por fuera de la persona. Razón pues para intentarlo, que no se sabe; ispiración para mantenerse vivo, el agua.

Hay algo de coloquio después, pero se oye muy mal para transcribirlo.